

José Lázaro. *Vidas y muertes de Luis Martín-Santos*. Barcelona: Tusquets, 2009, 449 pp.

El interés que siempre suscitó *Tiempo de silencio* y, en menor medida, otras obras de Luis Martín-Santos, se ha ido extendiendo también a su singular trayectoria humana. Dejando de lado algunas semblanzas breves, como las proporcionadas en su día por Castilla del Pino o Juan Benet, hay que hacer mención del libro de Pedro Gorrochategui Gorrochategui, *Luis Martín-Santos. Historia de un compromiso* (1995), extensa biografía basada, fundamentalmente, en los testimonios proporcionados por los amigos y familiares del novelista. Ahora, catorce años después, José Lázaro, apoyándose en similares fuentes pero con una metodología y enfoque diferentes, publica otro libro no menos voluminoso, que recibió el XXI Premio Comillas de Historia, Biografía y Memorias. No es éste su primer acercamiento a la figura de Martín-Santos, ya que en 2004 editó *El análisis existencial*, útil recopilación de sus principales estudios médicos y psiquiátricos.

En su condición de profesor de Historia de la medicina, José Lázaro advierte que su biografía pretende que la dimensión humana de Martín-Santos no quede sepultada por la novela que tanta fama le dio. Con tal designio, propugnando una especie de diálogo interdisciplinar, busca superar el estricto marco de los estudios de crítica literaria. Su libro se compone de siete capítulos, tratando de abarcar todas las dimensiones de la existencia de Martín-Santos (vida, muerte, familia, literatura, psiquiatría y política) y comienza *in medias res*, con el relato de su fallecimiento, episodio que vuelve a ser narrado, desde otro enfoque, en el capítulo final. Este sucinto resumen indica que la biografía no es lineal, sino temática, al modo de un relato donde el comienzo y el final se abrazan. Una organización que, con cierta libertad, se podría llamar novelesca, teniendo en cuenta su concordancia con otros rasgos no habituales en el género del ensayo: estructura dialogal, final sorprendente y narración desde diferentes perspectivas. Para que nada falte, de vez en cuando se intercala la voz del «inquiridor», lejano trasunto de los «historiadores» de Cervantes o de los libros de caballerías que comentan los materiales con los que se encuentran. Tales cualidades literarias se ven acompañadas por el estilo. Aunque las palabras corresponden a los numerosos entrevistados, es obvio que el «inquiridor» tuvo que corregir léxicos y sintaxis conversacionales antes de dotar al libro de una unidad estilística apropiada, algo así como un estilo culto y no afectado.

No por ello *Vidas y muertes* deja de ser una verdadera investigación, pues ofrece numerosos datos, respaldados por la pertinente relación de testimonios (pp. 13-16) y documentos (pp. 403-19). Abundan las precisiones de detalle sobre numerosos aspectos, tales como la carrera médica, las estancias en la cárcel, lo acaecido con el Premio Baroja, el proceso de publicación de *Tiempo de silencio* o el paradero de los escritos de Martín-Santos. La combinación de distintas informaciones, por otra parte, estimula la reflexión por parte del lector que, a veces, se ve en la necesidad de escoger entre dos o más opiniones diferentes. Nos encontramos ante una biografía basada en un convincente uso de las fuentes, orales

y escritas, de que se dispuso. Desde el punto de vista de la investigación erudita, la mayor aportación de *Vidas y muertes* reside en un escueto párrafo que surge repentinamente ante el lector, aislado entre puntos y aparte:

Efectivamente-confirmó el hijo-, en el archivo familiar conservamos varios manuscritos inéditos, que han sido mencionados en algunos de los trabajos publicados sobre mi padre. Tenemos pendiente la conclusión de su estudio, por lo que todavía no hemos tomado una decisión sobre la eventual conveniencia de publicarlos. Entre ellos destacan los manuscritos de las novelas *El vientre hinchado* y *El saco*, tres obras de teatro completas y los borradores de algunas conferencias (p. 305).

Ni un comentario acompaña tan importante descubrimiento, elocuente silencio que viene a decir que no nos permiten conocer cabalmente la trayectoria literaria de Martín-Santos. En simple cómputo cuantitativo, esas cinco obras duplican lo que actualmente podemos leer, lo que equivaldría a decir que medio escritor permanece oculto. Viene a la mente Quevedo en su *Epístola satírica y censoria*: «con el dedo/ silencio avises o amenazas miedo», y más de un investigador en literatura contemporánea, buceador de archivos familiares y documentos inéditos, sentirá en este punto una irrefrenable identificación con José Lázaro, que ni nos puede explicar cabalmente el itinerario literario de Martín-Santos (fechas, temas, títulos, vicisitudes personales, proceso de maduración artística, evolución estilística), ni su significado en el conjunto de su vida, pese a que, imaginamos, tiene los datos en su poder. Ojalá desaparezcan pronto los obstáculos.

La corta vida de Martín-Santos fue rica en facetas vitales e intelectuales, y José Lázaro no desaprovechó la oportunidad de hacer con ellas una historia amena, concentrada, preferentemente, en los capítulos 1, 2 y 6, que presentan a un hombre excepcional en sus relaciones con padres, hermano, hijos y amigos. Tras la lectura de las mencionadas páginas emerge un personaje en sí mismo novelesco, casi con perfiles trágicos, al que da espesor la buena captación del ambiente social en que se movió. Mención aparte hay que hacer del capítulo final, «La confidente», en el que toma la palabra Josefa Rezola, la más rica informante de todo el libro, que lo concluye con una novedosa semblanza, literaria e íntima, de Martín-Santos, al tiempo que, sin pretenderlo, surge ella misma como figura excepcional, con su lucidez y dolor. Siempre habrá que agradecer al biógrafo su pericia para recoger un testimonio que justifica por sí solo el libro.

Aunque José Lázaro persigue un conocimiento de Martín-Santos en todas sus dimensiones, tiende, voluntariamente o no, a convertir *Tiempo de silencio* y, en menor medida, *Tiempo de destrucción*, en una referencia constante, punto de encuentro de la mayoría de las declaraciones de sus entrevistados. Y esto ocurre tal vez contra su deseo de destacar al hombre por encima de su literatura, pues afirma estar convencido de que si Martín-Santos no hubiese muerto «habría desarrollado ese profundo fondo autobiográfico que es la sustancia misma de sus dos novelas» (p. 261). Pero después de leer las opiniones de quienes lo trataron en vida (y a la

espera del material inédito), prevalece la impresión de que la intimidad de Luis Martín-Santos apenas explica la originalidad de sus obras literarias, por más que uno pueda detectar aquí y allá los ambientes y anécdotas que jalonaron su vida. Sucede así en el poemario *Grana gris*, cuya notable efusión sentimental marcha paralela a unos intentos estilísticos y métricos que dejan muy en segundo término la hipotética proyección afectiva. Otro tanto ocurre con sus irónicos *Apólogos*, que dibujan una serie de tanteos literarios alejados de la confesión personal. En cuanto a *Tiempo de silencio*, su simbiosis de vida y literatura se decanta en beneficio de la segunda ecuación. No se puede entender esta novela sin aclarar su bagaje libresco e ideológico, mientras que el desconocimiento de las peripecias vitales de su autor apenas afecta a su recta comprensión: cualquiera imagina que la anécdota del burdel de doña Luisa refleja una experiencia personal, pero no todos los lectores se percatan de las alusiones culturales que encierra la famosa noche del sábado, esenciales para su plena comprensión. Es obvio que hay que conocer al autor para entender la obra, pero también es cierto que sin la mediación *Tiempo de silencio* la vida de Martín-Santos se vería de otro modo, en el supuesto de que hubiese biógrafos interesados en ella.

El «inquiridor» tiende a actuar como un narrador neutral, con poca inclinación a valorar directamente las informaciones de las personas entrevistadas. Pero, como montador de escenas aparentemente sueltas, destaca unas sobre otras. Avanzado el libro rotula como «revelación» una opinión de Mario Camus acerca del carácter festivo con que Martín-Santos entendía la literatura: «Todos sus escritos, como toda su vida social, eran un juego continuo, un derroche continuo de ingenio, una broma continua, una continua carcajada [...] Y si eso no lo entiendes no vas a conseguir entender nada ni de su forma de ser ni de su literatura» (p. 306). El problema de tal tipo de explicaciones psicológicas e intencionales es que los textos (literarios o no) hablan por sí mismos, porque, además de un emisor, tienen un referente material y un contexto cultural. Tal vez Martín-Santos se divirtió escribiendo la conocida descripción de Madrid («Hay ciudades ...que no tienen catedral»), pero su significado es el que es: una síntesis, ciertamente pesimista, de la historia de España desde la Edad Media, plagada de referencias eruditas, en clara réplica a la visión intelectual del 98. Sin duda, Martín Santos poesía un ingenio burlón y, como otros escritores de semejante talante, tendía a entremezclar las chanzas con las veras, pero tal dato no explica los textos. Entre otros motivos porque la risa y la parodia suelen ser convenciones literarias más que expresiones de un estado de ánimo.

Los capítulos 3 y 4, que se ocupan, respectivamente, de la labor psiquiátrica y la política, sitúan a Martín-Santos en su contorno histórico, visto desde el prisma de la ciencia, la universidad y la oposición antifranquista. El primer capítulo de los mencionados describe los estudios, trayectoria y aportaciones científicas de quien, antes que polifacético humanista, fue médico de profesión. Contiene las páginas más técnicas del libro, tal vez las que menos iluminan al novelista, pero imprescindibles para entender al hombre en todas sus dimensiones. Su lectura hace aflorar nuevamente la pena que produce ver truncado un talento: «Es admirable la variedad temática en sus diversas perspectivas, la claridad de ideas,

la calidad de la escritura» concluye José Lázaro, tras tener que admitir que esa labor, en el marco actual de la psiquiatría, no tiene vigencia.

El capítulo 4, «El socialista», comienza ofreciendo una interesante reconstrucción de la incertidumbre estratégica en que se encontraba el PSOE al comienzo de los años sesenta, indeciso en lo relativo a sus alianzas con otras fuerzas políticas, inseguro a la hora de diagnosticar el fin del franquismo y paralizado por el desacuerdo entre la dirección de Llopis y los militantes del interior. Esbozado tal marco, Lázaro, apoyándose en el testimonio de algunos compañeros de lucha política (por ejemplo, Fernández-Montesinos, Tierno Galván o Enrique Múgica) José Lázaro saca a relucir una serie de informes redactados por Martín-Santos, en los que éste muestra la lúcida visión que tuvo del partido y del país, con juicios muy penetrantes acerca del FLP, el partido comunista, la transformación de la sociedad española o la mentalidad de algunas nacionalista vascos. El capítulo posee un indudable valor como documento sobre la clandestinidad política y la naturaleza de la oposición al franquismo a comienzo de los años sesenta. También es muy interesante la trayectoria personal de Martín-Santos dentro del PSOE: ingreso en 1957, ascenso a la ejecutiva en 1958, dimisión en 1960. Lázaro muestra bien la progresiva retirada de Martín-Santos de la primera línea política, cuando, en un momento de impotencia de la oposición, a él se le abren nuevas perspectivas en el plano personal y literario, el cual que pasa a ocupar un lugar preferente en su proyecto de vida.

Una de las características de la literatura contemporánea es la tendencia a la fusión de géneros: poemas que parecen prosa, relatos líricos, novelas convertidas en ensayos, piezas teatrales con narrador, investigación entremezclada con ficción, y así sucesivamente. A esa voluntad renovadora parece sumarse el libro de José Lázaro, biografía con exactitud documental que ilumina artísticamente a un intelectual singular por medio de una presentación original, con recursos entre novelescos y cinematográficos. Su lectura proporciona datos nuevos sobre el autor de *Tiempo de silencio*, enriquece la visión histórica de España a mediados del siglo XX, suscita reflexiones sobre el arte de la biografía y obliga a opinar acerca de las relaciones entre vida y literatura. Por último, da noticia (presumiblemente a pesar de ella) de una persona llamada Josefa Rezola.

ALFONSO REY

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA